

faria de asiento, segun la promessa del Espiritu Santo, la verdadera sabiduria? (1) El estaba mas dispuesto para recibirla, que una nube blanca para ser dorada por el Sol. Tan ventajosos fueron los progressos que hizo en los estudios, que en breve volò su fama, como la de Salomon, por toda la tierra. (2) De todas partes acudian à oir su sabiduria; (3) y todos deseaban faciar sus deseos con la vista de un Joven tan cabal. (4)

Aora, qual pensareis vosotros fue el credito mayor de la sabiduria de Buenaventura? Los aplausos de todas las gentes? el innumerable concurso de Estudiantes à su Aula? Las alabanzas, que le dieron los Griegos? El reputar sus opiniones como Oraculos la Universidad de Paris? El tener sus sentencias como canones aquellos gravissimos Maestros? Ser el sugeto de la mas bella embidia de los Literatos de su tiempo? Pues no, Señores. En mi sentir, el mayor credito de la sabiduria de San Buenaventura, es haver tenido en admiracion à Santo Thomàs de Aquino. Es Thomàs Principe de la Theologia, luz brillante de las Escuelas, y bello monstruo de sabiduria. Quales pues serian los lucimientos de Buenaventura en la Cathedra, la viveza, y novedad de sus argumentos, la solidèz, y claridad de sus respuestas, la erudicion basta de sus escritos, la extension casi sin limite de sus noticias, que pudieron admirar, y llenaron de admiracion al Angelico Dr. Santo Thomàs? Què argumento de mayor peso para persuadir la habilidad de un Escultor, que el que Fidias admirasse la perfeccion de su estàtua? Què prueba mas solida de que posee alguno en la mayor perfeccion el arte de la pintura, que alabar Rafael Urbinas su retrato? Què credito mas illustre de un Mathematico, que celebrar sus obras Archimedes? Y si esto es assi, decid vosotros,

(1) Prov. c. 11. v. 2. *Ubi humilitas, &c.* (2) 3. Reg. c. 4. v. 31. *Nominatus in cunctis gentibus.* (3) *Veniebant de cunctis populis ad audiendam sapientiam.* (4) *Et universa terra desiderabat vultum.*

tros, què apoyo mas solido de la grandeza de la sabiduria de Buenaventura, que el Angel de las Escuelas Thomàs la admirasse como un prodigio? Pero, ò Señores! Que la admiracion de Thomàs nos descubriò un secreto, de que resulta à nuestro Santo una gloria incomparablemente mayor, que la que tuviera por ser precisamente sabio. Pensò Thomàs, que tan gran tesoro de sabiduria como reconocia en Buenaventura, no podia menos de deberlo à algun mineral oculto de libros particulares, y escogidos. Con esta persuasion se fue un dia à visitarle, y valiendose de la llaneza de amigo, le pidiò que le enseñasse su libreria. Hizo lo nuestro Santo con singular agrado, y viendo Thomàs, que en los libros, que le mostraba no encontraba lo que pretendia su deseo, le replicò: Amigo, yo no pregunto por estos libros comunes, lo que quiero deber à tu amistad es, que me franquees aquellos libros selectos, que tienes reservados. Y bien, amigo Thomàs, no es justo desatender à tus deseos. No quiero negarte la confianza de que eres tan digno. Voy à darte parte en mis secretos. Levanta los ojos, y mira mi libreria. Esto dijo Buenaventura, y tirando una cortina descubriò una Imagen devotissima de Christo crucificado. Este es, amigo, mi librò reservado; en este libro, donde el dedo de Dios escribiò las finezas de su amor; en este libro, en cuyos caracteres sangrientos se leen las culpas de los hombres; en este libro deshojado de la perfidia Hebraea: aqui es Thomàs donde yo secundo mi mente de aquellos pensamientos sublimes, que tanto admiras. De este Señor pendiente de tres clavos recibo las respuestas, que doy à los argumentos que se me ponen. De esse Maestro puesto en la Cathedra de essa Cruz, oygo las lecciones, que despues repito à mis Estudiantes. Aqui aprendo yo, con solo poner la vista en las ojas de esse libro, mas que desvelandome muchas noches sobre los grandes volumenes. En este libro encuentro el desempeño de aquellas obligaciones

literarias, en que me tiene puesto la obediencia. Ve à Thomàs en esse solo libro toda mi libreria.

Entonces el Angelico Dr. penetrado de los afectos mas tiernos de amor, y devocion, agradeciò à Buenaventura su confianza, y arrodillados ambos à los pies de Jesu-Christo, emplearon el tiempo de la visita en dulcissimos coloquios con su Dios. Exalaba Buenaventura ardientes suspiros: prorrumpia Thomàs en amorosas lagrimas. Buenaventura se inflamaba en devotos deseos; Thomàs se deshacia en suavissima ternura. Leia Buenaventura en las venerables llagas del Salvador los excessos de su fineza; trasladaba Thomàs del pecho de Jesus à su corazon el fuego del amor. Buenaventura reprehendia su tibieza; Thomàs acusaba su ingratitude. Era Buenaventura estimulo para Thomàs; era Thomàs incentivo de Buenaventura. Uno à otro, por una especie de sagrado contagio, se pegaban la ardiente calentura del amor divino. Ambos lloraban, ambos gemian, ambos agradecian, ambos amaban, y ambos confesandose deudores al Señor, le obligaban à que mantuviesse vivas aquellas fuentes donde ellos bebian las purissimas aguas, no de una sabiduria esteril, y vana, sino de aquella saludable, que, segun dijo ilustrado Salomon, debe ser preferida à las fillas, y à los tronos de los mayores Principados. (1) O Señores, y què espectáculo de tanta alegria para el Salvador, ver humildes, y devotos à sus plantas à los dos Maestros mas sabios, que veneraba el mundo! Què gozo para Jesu-Christo mirar un Angel, y un Serafin, que le dan aqui en la tierra la misma gloria, que los soberanos Espiritus en el Cielo! Y què confusion mas vergonzosa para nosotros, que confiderarnos tan lejos de aquellas divinas fuentes, donde Buenaventura, y Thomàs bebian hasta facirse! Què afrenta para los que professamos las letras, ver quanto dista el estudio

(1) *Præposui illam Regnis. Sap. 7. v. 8.*

de Buenaventura, del nuestro. Digase la verdad, hemos acudido alguna vez à buscar luz para remedio de nuestras tinieblas, à donde acudia Buenaventura para instruirse? Con todo que confesamos à Jesu-Christo por nuestro Maestro, hemos ido una vez siquiera à su Escuela à oirle desde su Cathedra la solucion de nuestras dudas? Nos ha debido la confianza de acudir à el una noche, y postrados à sus pies mostrarnos deseosos de su doctrina? Ha, oyentes mios, y que no queramos acabar de creer, que la verdadera sabiduria, mas que en los grandes volumenes, està encerrada en el pecho de Dios, de donde, como dice Santiago, solo la saca una oracion continua! (1) Tened pues, ò sabios del mundo, por cosa indubitable, que la verdadera sabiduria vive muy oculta, y son menester mas fuerzas que las naturales para conseguirla.

Esta doctrina huviera desaprobado Platon, hombre que no conocia mas ciencia, que la que tenemos en nuestro mismo ser, cuya adquisicion, decia, consiste en un *reminisco*. (2) Mas ya havrà experimentado su error este Gentil, ya llora à la hora presente lo poco que supo. Vaguear por el mundo, y cursar Academias, no es lo que instruye, decia Seneca à su amigo Lucilo. (3) Què jornadas no han andado los hombres en busca de la sabiduria! Licurgo, Solon, Homero, y otros muchos peregrinaron en seguimiento suyo de Grecia à Egipto. (4) Pero què aprendieron estos infelices? Frustraron sus trabajos; y de nada les sirviò su incessante afan. Quantas Universidades cursò San Agustin para ilustrar su entendimiento; pero quan sin fruto, confiesa el mismo, si despues no huviera recurrido à la celestial Aula de su Oratorio. (5) De aqui mismo pues, Señores, sacò Buenaventura el caudal de su sabiduria; y como el mineral era de oro, fue

(1) Jacob. Ep. Can. 1. v. 5. (2) Curs. Complut. Log. disput. 17. q. 2.
(3) Senec. ep. 104. (4) Diodor. Sicul. lib. 2. c. 6. (5) S. Aug. ep. 112. in Procem.

fueron sus riquezas todo caridad. Què deseos no se levantaban en su corazon de inflamar à todo el mundo con aquella llama del amor divino, de que èl estaba penetrado? Què ansias por someter à todos los hombres bajo el suave yugo del Evangelio? Pero mejor sabrà explicar esto su pluma, que mi lengua: „ Aunque yo estuvièssè certisimo de que no ha-
 „ via de ver jamàs la cara de Dios, ni gozar de su biena-
 „ venturanza, esto no obstante (asì habla en el libro que
 „ intitula: *Estimulo del divino amor*) quisiera por su honra
 „ sola, morir por qualquier alma, que estè en el estado mi-
 „ serable de la culpa; y padecerìa gustosissimo tantas muer-
 „ tes, quantas son las almas infelices, y pecadoras, no es-
 „ perando mas premio de mis repetidas muertes, que el que
 „ todas saliesse del estado miserable de la culpa, y se go-
 „ zassen con su Dios en la eterna Gloria. (1) Arguid de aquí
 vosotros el zelo de este abrasado Serafin, y ved què razon
 ha tenido la Santa Iglesia para honrarle con el titulo de Do-
 tor Serafico. Que yo quando en adelante leyere afectos se-
 mejantes de San Ignacio de Loyola, de una Santa Teresa de
 Jesus, de una Santa Catalina de Sena, y de otros muchos,
 harè cuenta que todos aprendieron de Buenaventura unos
 sentimientos tan enamorados. A continuacion de estos im-
 pùlsos de su caridad, se dejaba oir desde los Pulpitos para
 declarar la guerra à los vicios, y promover la inocencia de
 las costumbres. Visteis un rio, que no pudiendo contener
 dentro sus margenes la abundancia de sus aguas, sale de ma-
 dre, è inundando las vecinas campañas, cede sus liquidos
 cristales à beneficio de su fecundidad? A este modo pues se
 portò el Serafico Dr. San Buenaventura. Rico que se consi-
 derò con las aguas de una sabiduria saludable, las derramò
 desde el Pulpito sobre los corazones de los pecadores, pa-
 ra que floreciesse de nuevo en ellos la raiz de la caridad. Los
 mas

(1) Estim. del Div. Am. cap. 11.

mas obstinados, y rebeldes que le oian, salian de sus ser-
 mones llevandose clavadas en el corazon las saetas de sus
 palabras. Era un Predicador del caracter que deseaba S. Ge-
 ronimo; (1) esto es, todo voz para inspirar la verdadera
 piedad à los oyentes. Era como un libro animado, donde
 antes de oirlas, leian las maximas mas altas de la Moral
 Christiana. Como una lampara ardiente, de donde salian
 llamas, que consumian la cizaña de los pecados. Los Pue-
 blos le tomaban por modelo para la conduita de sus costum-
 bres, y se veian de repente tan mejorados, que los vicios
 no se atrevian à comparecer en publico, y la virtud, que
 estaba perseguida, ocupò su legitimo trono, dominando en
 los Pueblos como soberana.

Mas yo quiero que veais à nuestro Santo colocado en un
 lugar mas alto, para que mejor descubrais el resplandor de
 sus virtudes. No contaba el Serafico Doctor mas de 34. años
 à su edad, y estando bien desfigurado en Paris en las ta-
 reas de su Cathedra, fue elegido General de toda la orden
 en Roma. Havia en aquel venerable Congresso Varones ve-
 nerables por su santidad, eminentes por su sabiduria, ma-
 duros en la edad, y con todo, concordés los animos die-
 ron todos à favor de Buenaventura, ausente entonces, el
 sufragio. Su merito fue su valor, y el Espiritu Santo el alma
 del Capitulo. Pero en què tiempo fue elegido General? Èn
 la coyuntura mas critica que puede imaginarse. Quedaban
 en la Religion harto pujantes las reliquias de los Elianos.
 Eran estos unos hombres amantes de la laxitud, y del luxo,
 y à manera de lobos iban con sus maximas depravadas des-
 pedazando el rebaño de San Francisco. Pusose San Buena-
 ventura à la frente de sus Ovejas para defenderlas, aora oran-
 do infatigablemente como Moyses; aora instruyendolos en
 la Ley como Josias; y aora tambien saliendo fuera à pelear
 à

(1) S. Hieron. epist. 17.

à cuerpo descubierto con los enemigos de la observancia de la Regla. Yo me imagino, que al tomar el timon del gobierno, oiría à Dios, que le repetiría aquello, que dijo en otra ocasion à su Profeta Ezequiel: (1) Yo te embio à que pongas en su deber à un Pueblo, donde son muchos los Apostatas, y Prevaricadores. Estos son unos spiritus inquietos, de corazon duro, de cerviz indomable. Encontrarás en gran parte una lamentable decadencia en las observancias regulares, y una facilidad criminal en profanar los votos mas essenciales. Hallarás muchas cabezas dominadas del fausto, del orgullo, del luxo inmoderado, y entregadas à una vida suave, y deliciosa. Aora, pues, como es posible pueda Buenaventura bolver à su primitiva sanidad un cuerpo tan grande, achacoso de tan corrompidos humores? Como es dable pueda poner la observancia de la Regla en su debido tono, estando su armonia tan desconcertada? No desconfieis, que todo lo conseguirà con los socorros de la divina Gracia. El se arroja desde luego en los brazos de la Providencia. El se apoya sobre la promessa, que Dios hizo à Jeremias, y en èl à sus Ministros, quando les fia alguna comission espinosa. (2) Animado con este oraculo, lo emprende todo, y sale dichosamente con todo. Corta los abusos, arranca las corruptelas, restituye à su trono la primitiva observancia, y buelve la sanidad antigua à este gran cuerpo. El instruye à los ignorantes, abraza à los atribulados, consuela à los tristes, y pone en el camino de la salud à los extraviados. El no rehusa alguno de sus deberes, y en el exercicio de su ministerio los abraza todos. Entre tanto, si la indocilidad resiste, èl la reprime; si el poder se subleva, èl lo humilla; si la impiedad dogmatiza, èl la confunde. Toda la Religion muda de semblante viendose en todos los miembros

(1) Ezeq. c. 2. *Ad gentes apostatras: filii dura facie, & indomabili corde.*

(2) Jerem. c. 1. *Ne timeas, ego tecum sum.*

miembros de este gran cuerpo, de quien Buenaventura es el alma, una perfecta sanidad. Pero por què medios viò tan bien logrados sus designios? Echò acafo mano de los grillos, de las cadenas, de los cepos para hacerse temible à sus subditos? Puso à alguno en prisiones para aterrar al resto de los disculos? No Señores, que el espíritu de Dios no viene por lo comun entre vientos impestuosos, entre torbellinos, entre uracanes como lo esperaba Elias, sino entre el aura tenue, y apacible de la paz, y benignidad. Por esso digeron al desaparecerse Elias en el carro de fuego, que havia su espíritu descansado en Eliseo; (1) y digeron bien los Discipulos, pues se encontraba su espíritu como fatigado por tantos castigos como havia egecutado por si mismo. Semjante expresion podiamos usar hablando del Serafico Doctor San Buenaventura. El se persuadiò, que no vendria el espíritu de Dios entre aquellos estrepitos, y rigores usados de su predecesor, y le esperò entre el vientecillo fresco de un gobierno, penetrado todo del oleo de la compasion, y blandura. Esto practicò San Buenaventura, pudiendose decir, que descansò en èl el espíritu fogoso del Venerable Parma, sin dejar por esto de tener espíritu doblado. En su gobierno se portaba, no como cazador de fieras, que llena de estruendo los montes para coger la presa, sino como cazador de aves, que las halaga con el cebo, y las llama con el sonido dulce del reclamo. Pero por dònnde direis que empezó à reformar la Religion? Por si mismo. Este es el proposito, que debèn seguir los Prelados para persuadir à sus subditos las virtudes, si no quieren, que su conducta sea medida con la misma regla que la de los hypocritas Fariseos. (2) Entonces (decia el gran Pontifice San Gregorio) seràn eficaces nuestras exortaciones, quando à las palabras añadi-

Tom. I.

Y

mos

(1) 4. Reg. cap. 2. *Requievit spiritus Elia super Eliseum.* (2) Matth. cap. 23.

mos el ejemplo. (1) Mas que tenia que reformar en su persona Buenaventura, si podemos decir de el, lo que el Crisostomo del Bautista, esto es, que era un hombre formado à las medidas de la penitencia? (2) Amas, que el observaba las ceremonias mas menudas del estado, pues como sabéis le encontrò el Capelo fregando los platos en la cocina, segun la antigua, y venerable costumbre de la Religion. Leed el lib. que intitula: *Espejo de disciplina*, y por el conoceréis el espíritu de Religion de que estaba animado este modelo de Religiosos. Y si esto es así, que hay que maravillarse de que redujera à la observancia de la vida monastica à los animos mas corrompidos, y à la relajacion mas escandalosa? Quando los Persas, por mucho tiempo averfos à su Conquistador Alejandro, vieron finalmente, que se hizo como uno de ellos, vestia la misma ropa, comia las mismas viandas, practicaba las mismas costumbres, usaba los mismos ritos, y hablaba el mismo idioma, al instante les ganò el corazon; de modo, que no sabian apartarse, ni por un instante de su presencia. A este modo, pues, apenas veian, aun los mas amigos de la laxitud, y las licencias, que Buenaventura era el primero en la asistencia al Coro, en los actos de Comunidad, y en sufrir los rigores del estado, y las penurias de la pobreza, no havia quien de buena gana no le siguiese por los caminos de la cruz, y penitencia.

De esta sabia conducta de su gobierno es deudor Buenaventura à los clarísimos conocimientos, que le ilustran, y à la saludable sabiduria de que està lleno. Como el fue un hombre en cuyo interior ardia sin apagarse la llama purissima de la caridad, y en cuyo exterior brillaban desde su niñez las costumbres mas inocentes, quiso ser sabio con una entera dependencia de Dios, y con una sumision humilde

(1) S. Grég. hom. 17. in Luc. *Tunc verè aliis recta, &c.* (2) S. Crisost. *Totus penitentia formatus.*

à sus leyes. Por esto se deja ver de qualquiera que le atiende: como un nuevo hombre en quien Adan parecia no haver pecado, y à quien no hizo criminal el apetito de la sabiduria, que es la primera parte de mi Oracion. Mas yo debo, segun mi promessa, representarle tambien como un Dotor illustre, à quien la possession de la sabiduria conservò humilde.

PARTE SEGUNDA.

EL Apostol no pudo engañarse quando dijo, que la sabiduria hace sobervios, y arrogantes à los que la poseen; (1) mas no es porque este sea su caracter, sino porque los hombres usan mal della, persuadidos, que les dà derecho para despreciar à los otros, y para apetecer los puestos de mayor honor, y estimacion. Infinitos han sido, y son los sabios, que unen en sí mismos un entendimiento ilustrado, y una voluntad sumisa; pero son menos, respeto de los muchos, à quienes la sabiduria les hace formar de sí una estimacion tan alta, que reputan por una injuria sin recompensa no ser preferidos en los honores à todos los otros hombres. Es tan frequente en los sabios este achaque, que ha venido à ser costelacion. Yo pudiera hacer una induccion mas prolija de lo que me permite el tiempo, si quisiera contar todos los sabios, que se han perdido por sobervios. Basta solo hacer memoria de un Ario, el qual cayò en los mas detestables errores, por no haver sido preferido à Alejandro en el Patriarcado de Alejandria. De un Phocio, hombre de una profunda literatura, quien fue el Autor del Scisma de la Iglesia Griega, por mantenerse en la Silla de Constantinopla, donde la sagacidad maligna de Bardas le havia sentado. De un Wiclef, el qual sembrò sus dogmas pernicioso-

Y 2

cio-

(1) 2. Cor. cap. 8. v. 1. *Scientia inflat.*

ciosos en Inglaterra, por la injuria, que pretendió se le había hecho en la pretension de un Obispado. De un Lutero finalmente, quien como rio vomitado del infierno, inundó con las inmundas aguas de sus errores casi toda la Alemania, por no haverle hecho Leon X. el honor de señalarle por Predicador de las Indulgencias concedidas à los que contribuyessen à la fabrica de la Basílica de San Pedro. Por la prevision quizá de estos monstruosos egemplares, ò por la experiencia de otros mas antiguos, dijo el Apostol, que la sabiduria hace arrogantes à los hombres. Mas no le huvieran salido tales palabras de la boca, si todos los sabios fueran del caracter de Buenaventura. El se hallaba con tantos meritos para qualquier empleo de honor, que no podia encomendarle dignidad que no encontrasse en su virtud, y sabiduria ombros de atlante para sostenerla. Y aun podemos decir de nuestro Santo, lo que de San Basilio, el Nazianceno: *Que aunque fue honrado con grandes dignidades; pero era siempre reconocido como digno de otras mayores.* (1) La excelencia de sus virtudes, y el fondo de su doctrina, pudieran ser digno precio de la Tiara. Ya havia interpretado al Maestro de las Sentencias en la Cathedra de Paris; ya havia escrito sobre los quatro Sentenciaros, dando digeridas en estilo claro, y perceptible las doctrinas mas altas de la Theologia Escolastica; ya havia trabajado varios volumenes, unos para la instruccion de los Oradores, otros para la inteligencia de las Escrituras, otros para la informacion de la vida Monastica, otros para el estimulo de la devocion, y alimento de la christiana piedad. Qualquiera menos humilde que nuestro Serafico Doctor esperaria, que tan aprovechados estudios le pusiessen sobre las mas altas sillars de las Iglesias, ò bajo los folios mas resplandecientes; mas Buenaventura sentia de sí tan

(1) S. Naz. or. 10. *Cum magnis dignitatibus honoraretur, majoribus dignus habebatur.*

tan sumissamente, y estaba tan gozoso con su vida privada, que no huviera admitido el Generalato, à que le promovieron estando ausente, si atento al estado triste que tenia la Religion, no se huviera persuadido que seria reo delante de Dios, si lo renunciasse. El esplendor clarissimo de sus virtudes, y la fama constante de su sabiduria, no pudieron ocultarse à la perspicaç vista del zelosissimo Pontifice Clemente IV. Pensò desde luego honrar el merito de Buenaventura, y tuvo el gozo de poderlo hacer tan presto como lo deseaba, por la vacante del Arzobispado Eboracense, el mas pingue del Reyno de Inglaterra. De consulta de los Cardenales le presentò para esta Dignidad por su Bula, que empieza: *Summo Pastori Jesu Christi Vicario, &c.* Y para que vosotros hagais igual concepto à la grandeza de Buenaventura, quiero yo mostraros en el contexto de algunas clausulas de dicha Bula, la opinion, que tenia el soberano Pontifice de las prendas sublimes de nuestro Santo: „ Con todo afecto, y estudio (dice Clemente IV.) buscamos un „ Varon amador de la concordia, insigne en sabiduria, cè- „ lebre en la prudencia, amado de Dios, cuyo espiritu „ descansasse en su infinita Bondad, Pastor vigilante por „ quien el catolico rebaño pueda ser dirigido à los pastos de „ la salud. Espejo de luz para enseñar el camino de la ver- „ dad: „ Por lo qual, atendiendo à la aspereza, y austeri- „ dad de tu religioso porte, al candor de tu vida, à la lim- „ pieza, y sinceridad de tu proceder, à la eminencia de tu „ sabiduria, à la circunspeccion de tu prudencia, à la gra- „ vedad, y entereza de tus costumbres: „ hacemos eleccion „ en tu persona, para que rijas aquella Iglesia con la bendi- „ cion Apostolica, como Arzobispo, y Pastor suyo. Dado „ mucho, Señores, que de los modestos labios de los Pon- „ tifices hayan salido jamás alabanzas mas magnificas para ce- „ lebrar las virtudes, y sabiduria de alguno otro Ecclesiastico „ Doctor. Mas yo no me maravillo tanto de esto, como de la

humildad del verdadero sabio San Buenaventura. Como si los elogios del Pontifice, y la Dignidad amplissima à que le destinaba fueran factas, se fintiò el espíritu humilde de Buenaventura tan herido, que postrado à los pies de Clemente IV. suspirò tanto, llorò tanto, alegò tanto, rogò tanto, que no se levantò, hasta que vencido el Pontifice de sus supplicas, y convencido de las razones, que le sugeria su humildad, le admitiò la renuncia del Arzobispado.

Pero ni en esta ocasion, ni en ninguna otra brillò tanto el espíritu humilde de Buenaventura, como en la Sede vacante por Clemente IV. Corrian ya tres años desde la muerte de Clemente, y juntos en Conclave los Cardenales en Viterbo, mantenian un teson tan firme, que no bastò para vencerlo, ni los daños que padecia la Iglesia, ni las supplicas de los Principes, ni los rigores de los Viterbieneses, ni aun el mismo cadaver del difunto Pontifice, que les pusieron delante de los ojos, para que con eloquencia muda, pero eficaz, persuadiesse la importancia de una pronta eleccion. Todo fue en vano, y no quedò que hacer, sino valerse de Buenaventura, cuya prudencia, y sabiduria le hacian el hombre mas cabal de su siglo. No rehusò nuestro Santo entrar en un empeño, en que tanto interesaba la gloria de Dios, y la paz de la universal Iglesia. Hablò à los Cardenales. Mas quando pudieron lisongearse un Ciceron, un Demostenes, un Salustio, de haverse hecho oir con atencion tan benevola, tan docil, tan cortès? Pero tampoco, quando alguno de ellos hablò con estilo tan puro, tan adornado, tan brillante, y tan capaz de tener en suspension, y aun de arrebatat los animos mas distraidos, y mas averfos? Mantenga Demostenes su gloria, por haver podido mas con su eloquencia, que Felipe de Macedonia con sus egercitos.

(1) Envanezca Pericles de haver con su persuasion adquiri-

(1) Val. Max. lib. 8. cap. 9.

rido el dominio, y autoridad sobre un Pueblo tan libre como Athenas. (1) Pero de mayor gloria es digno Buenaventura, por haver triunfado con sus consejos de la disension porfiada de un entero Colegio de los primeros hombres del mundo. No pudieron resistir à la viva fuerza de sus razones, se dieron à partido, y comprometieron todos en solos seis Cardenales. Pero ni estos pudieron convenirse en la eleccion de Papa; mas si en hacer todos seis su compromiso en San Buenaventura, para que èl solo señalasse el sujeto, que mas à proposito le pareciesse para tan augusta dignidad; y que si à si mismo se señalasse, desde luego daban por legitima la eleccion. (2) Veis aqui, Señores, toda la Iglesia en la mano de Buenaventura. Con inclinarse à un sujeto, puede hacerle el mas dichoso de todos los hombres. El tiene en su mano la Tiara, y la puede ajustar à qualquiera cabeza, que sea digna de su eleccion. El à su arbitrio puede levantar un hombre, y hacerle superior à todos los Principes del mundo. El puede colocar en tal eminencia à un hombre comun, que se le humillen los Cetros, y las Coronas de los Reyes. Y por esto, ya no será mas gloria privativa de Alejandro, haver tenido Reynos con que dejar honrados à sus amigos en su muerte; ni de Carlos XII. Rey de Suecia, haver colocado por su arbitrio à Estanislao sobre el trono de Polonia. A Buenaventura le cabe honra mayor, pues puede, segun fuere su voluntad, sentar sobre el trono del Vaticano à quien merezca su atencion.

Registrense aora todos los antiguos monumentos, hable toda la antigüedad, no calle uno siquiera de los antiguos Escritores; y digase si jamás en algun siglo se hizo de otro hombre, que de Buenaventura, semejante confianza. Yo à

Y 4

lo

(1) Val. Max. supr. (2) Este suceso, fuera de los domesticos, lo refieren Panuino, Cicaonio, Severino Binio, Pedro Galefino, Pedro Annat. Appar. ad Theol. ubi de S. Bonavent.

lo menos no lo he leído. * San Juan Crisostomo, en atención al peso de la autoridad, que sobre el Colegio Apostolico tenia el Apostol San Pablo, le llamó: *la boca de los Apostoles, y creyentes.* (1) Y sin embargo hallo yo, que mayor atención tuvieron los Cardenales à Buenaventura, que el Clero Romano à San Pedro. Todo el sagrado Colegio conspirò en elegir à quien señalasse Buenaventura, y reconocerle luego por legitimo Pontifice; mas el Clero Romano rehusò señalar à Clemente por successor inmediato de S. Pedro, estando tan reciente el encargo, que el Principe de los Apostoles tenia hecho. (2) De Buenaventura si que puede decirse con toda propiedad, lo que el Crisostomo de S. Pedro: *Bonaventura omnium erat os:* Buenaventura era la lengua, el corazon, y la voz de todos los Cardenales. Nada os costará saber quien será elegido en supremo Padre de la Iglesia, toda vez que os conste de la determinacion de Buenaventura. Solo su dictamen será el sufragio de todos los Cardenales. Mirad à quien se inclina, y escribid luego su nombre en el catalogo de los Pontifices. Observad à quien señala, y disponeos à recibir sus oraculos. Mas qué digo yo? Pues no se ha comprometido en Buenaventura con libertad de poderse elegir à sí mismo? Quién duda pues, oyentes míos, que él se preferirá à todos los demás. Le falta capacidad? Nò tiene prendas? Sus virtudes no le hacen venerable? Su sabiduria, si se repartiéra en muchos, nò les haría à todos dignos de la Tiara? A qué otro puede mirar, en quien reconozca tanta riqueza de meritos como en sí mismo? Qué duda hay, pues, que Buenaventura será
Pon-

(*) En la Sede vacante por Nicol. IV. el Cardenal Latino para atajar la discordia acordò à los demás Cardenales el merito de Pedro de Moròn, quien fue saludado con el nombre de Celestino V. pero no se comprometió en el Card. Lat. Burio Suc. Pont.

(1) S. Joann. Chrysoft. *Petrus omnium erat os.* (2) Bur. Suff. Pont. & M. Flor. Clav. hist. sac. 1.

Pontifice? Pero, ò Señores! Si discurreis así, es porque no conocéis por su carácter à Buenaventura. Si él fuera un hombre de los comunes, pensaríais bien. Si primero negociarais con su humildad, que no le representàra à sus propios ojos como el mayor pecador, y mas ignorante entre todos los Doctores, juzgaríais prudentemente. Si nuestro Santo no concibiese tanto horror à las dignidades, ni tuviese de sí un concepto tan despreciable, no erraríais persuadiendoos, que querria para sí el honor esplendido de Pastor supremo de la Iglesia. Pero como Buenaventura era grande solo en la agena estimacion, no en la propia; y la fabrica de su sabiduria, y virtudes se apoyaba sobre la piedra solida de su humildad: por esto, ni al pensamiento le vino desear sentarse en aquella angusta Silla, à cuyos pies se reconocia indigno de llegar. Y si este generoso desinterès mostrò à Buenaventura superior à los achaques de los sabios, y à las engañosas lisongas de la ambicion, su nombramiento para la suprema dignidad, le hizo admirar como un hombre nuevo, en quien ninguno de los respetos humanos hacia impresion. Nada atendió à la confianza con que le honraban los Cardenales, y mucho menos à la amistad, que con algunos de ellos tenia. Consultò solo à Dios, à quien siempre tenia en el corazon, y dando al mundo un testimonio eterno de su zelo, de su integridad, y de su justificacion, señaló, no à alguno de los Cardenales, sino à Theobaldo, Arcediano Leodiense, famoso por sus virtudes, y literatura, que à la fazon se hallaba en Jerusalem. La eleccion fue digna de un San Buenaventura, pues las ventajas que gozò la Iglesia por la conduta zelosa, y sabia de Gregorio X. fueron una declaracion de la celestial prudencia, y discernimiento del Serafico Doctor.

Y mientras yo he dicho la confianza, que de Buenaventura se hizo, fiándole la empresa de mayor peso, que tiene la Iglesia, habeis pensado vosotros qual era preciso fuese
se